

## El Mensaje Poético de Selva Márquez

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

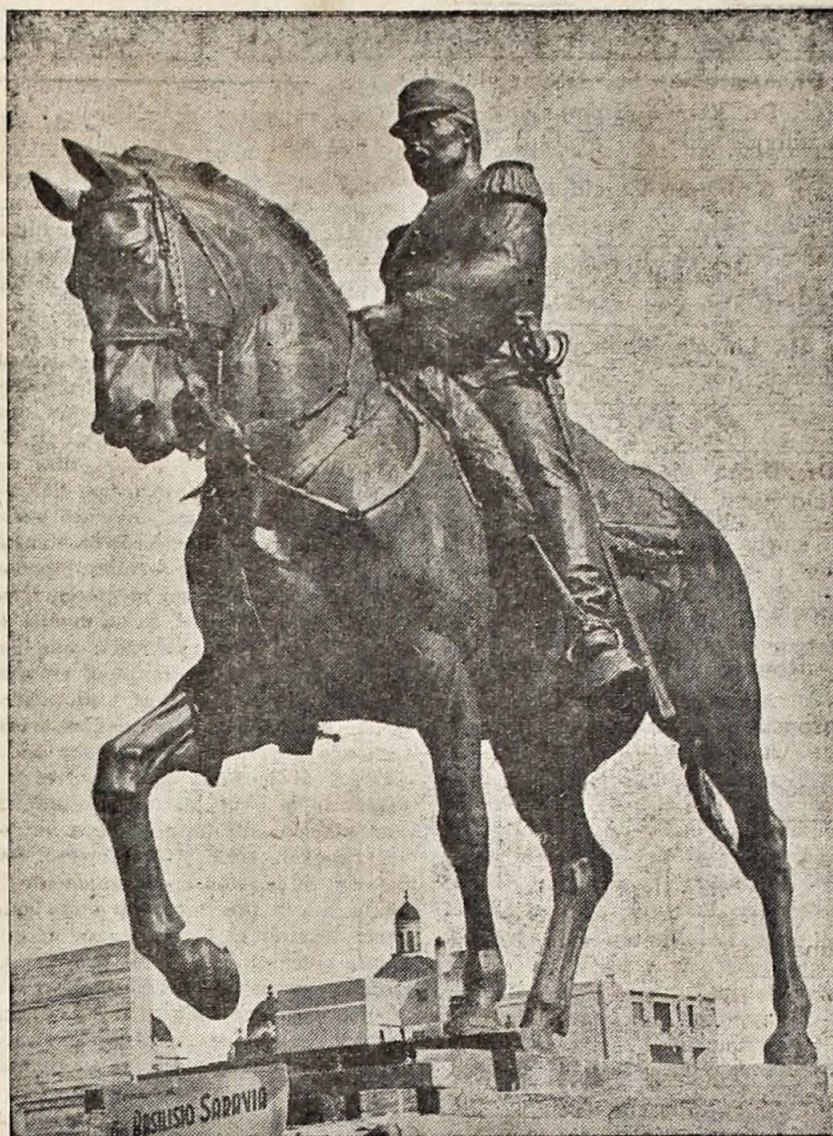
León Bloy, al referirse al conde Lautréamont, el poeta maldito de "Los Cantos de Maldoror", dijo: "El signo inconfundible del gran poeta es la "inconsciencia" profética, la turbadora facultad de profesar sobre los hombres y el tiempo palabras inauditas cuyo contenido ignora el mismo". La apreciación del gran escritor francés es justa, pero no hay que tomarla al pie de la letra, sino penetrarle su sentido. Ya él mismo advierte su fragilidad al entrecorrer la calificación, para que no nos despistemos ni nos perdamos en un dédalo de conjeturas; por lo que nos sugiere que el poeta jamás trabaja inconcientemente. Todo lo contrario; en efecto: vive en vilo, alerta, sobre cada materia que ha sido objeto de su ensimismamiento, para incorporarla después, expectante, a su espíritu avizor. Le ha ganado todos los meandros de su borde y el hueso de su centro; la ha penetrado profundamente. Su percepción afectiva, su sensibilidad aguzada en ejercicios del sentimiento, le facultan para develar los secretos de esa materia que, particular y exclusivamente, es suya. Cuando ha intimado con la misma, el poeta la "olvida" y le hace andar los caminos de su sangre, como si él lo ignorara. Esa labor selectiva y de acumulación abigarrada, que se realiza, a veces, sin orden, anuncia sus "misterios" o, lo que es lo mismo, revela su vivencia, cuando el poeta lo reclama urgido por una necesidad expresiva. Esta vigilancia, empero, no indica forzosamente que el poeta opera con esquemas racionales sobre la materia que, en calidad de imágenes o de metáforas, hace acto de presencia en el "hecho lírico". Ya dijimos, antes, que hay una percepción afectiva; vale decir, una facultad del sentimiento por la que el poeta descubre el secreto de la materia que se incorpora a su espíritu.

Se me ha hecho preciso este rodeo explicativo porque hoy quiero hablarles a los lectores de "Tribuna" de un libro y de un poeta, que suscitan esas reflexiones y este comentario de ejercicio estimativo. "El gallo que gira" se llama el libro. Y el poeta, una mujer, Selva Márquez. ¿De qué agujero de la noche sale ese estremecimiento poético? ¿De qué ruido de papeles viejos, de qué zapatos gastados, de qué infancia frustrada y fija en la subconsciencia, se anuncia la profecía de Selva Márquez? El tiempo que la gobierna es el nuestro, sin duda; la hora que nos despelleja hasta hacernos brotar sangre. Su acento es suyo, nada más ni nada menos que suyo. Un antecedente puede aproximarse al respecto: el conde de Lautréamont, un montevideano, como el poeta que comentamos. No se quiere decir con esto que Selva Márquez prolongue y reavive la trayectoria de aquel "raro", al decir de Rubén Darío, que expresó su disconformismo con palabras y voces que golpean, arañan y sacuden el espíritu; no, solamente en la actitud lírica mantiene Selva Márquez un parentesco con el poeta que lanza sus dictérios al Sumo Creador, y cierta afinidad de temperamento en la elección de los elementos que elaboran el poema.

Ella no intenta agradar. Como el

conde de Lautréamont, desposeída de toda solemnidad, Selva Márquez dice las cosas más tremendas sin inmutarse, pero también cargándolas de sentido, de lágrimas o de intenciones sarcásticas, que corren y se atropellan en la entraña: "Escuchemos! Por favor, escuchemos! — Que cese el manubrio del piano rodante — que mastica las vértebras de las horas. — Que calle el ruido inmenso de la bola — que empujan los escarabajos — y el de la risa oscura de la taba — y el cascado rodar — de los amores con taxímetros. — Alguien está llamando en algún lado! — Su voz rompe los vientos, — se asoma a las corolas y a los niños, — está en la lengua de los muertos! — ¡Ayudadme a escuchar, que no puedo!" Pero el poeta no aguarda nuestra ayuda; se mete en lo minúsculo cotidiano para confesarnos después sus amargas experiencias vitales. La atmósfera de su poesía se va enrareciendo duramente; cada palabra, sin embargo, nos va aclarando la angustia que motiva la impulsión lírica; una a una, como eslabones precisos, construyen la sinfonía de tanto total, que nos viene a decir: ¡cómo nos olvidamos del hombre! O, ¡cómo el hombre mismo ha dejado de ser humano, para convertirse en un verdugo de su propio ser, sometiéndolo a una tiránica exterioridad, extraña a sus condiciones y cualidades intrínsecas! Selva Márquez no blasfema, no entona discursivamente su ácido lirismo; no lo bate ni lo amolda a convencionalismos literarios de moda; no asusta al burgués tampoco. Está formulado desde "adentro" con empuje y sustancias vivas, dinámicas y entrañables. Tampoco se agarra a ninguna musicalidad auditiva, externa. Rechaza en cambio todos los elementos que sobornan el gusto de los "exquisitos". No trascendentaliza ni incurre en superlativos de factura filosófica o política. Al contrario, se empequeñece para decirnos su mundo que es, a la vez, el de cada uno de los que, angustiosamente, vivimos la hora actual, este desconcierto del tiempo, en el que el desprecio, parafraseando a Malraux, ha suplantado todos los valores humanos que comprenden el pensamiento, el sentimiento y la ética en las relaciones sociales.

El verso de Selva Márquez no entra en explicaciones alusivas; ni siquiera pretende dibujar esos contornos que aglutinan tantos "lugares comunes" de la expresión verista o intencionada. No por eso deja de ser menos eficaz. Al contrario, su eficacia reside, precisamente, en esa elusión del propósito, porque su palabra, que es verbo en función, sin recurrir a fáciles singluras sentimentales, se ordena en sentimientot, que es vida vivida, expresión del drama de nuestros días, antes que a las fórmulas dirigidas desde "afuera" por el raciocinio o el aguzamiento mental. De ahí su valimiento como poeta que tiene algo que decir a los hombres de la hora: "Yo iría puerta por puerta — golpeando aldabas con todas mis fuerzas. — Yo diría así, golpeando casa por casa — de los hombres de todas las razas: — levantaos que la hora de partir ha llegado!". Su instinto poético la salva de caer en enumeraciones que



## Armando González

Si afirmo que Armando González es uno de los creadores con más posibilidades en la plástica nacional, no hago más que hacerle justicia. Desde las artes menores el afiche y la acuarela, hasta las mayores, la pintura mural y el monumento escultórico, han sido tentados por él con éxito indiscutible.

Como acuarelista y escultor figura ya en nuestros museos de arte. Su obra de afichista es lo suficientemente conocida, al punto de contarse entre los primeros creadores con que cuenta el país, en dicha rama plástica. Debemos hoy ocuparnos de su obra más reciente y tal vez de más aliento. Con el monumento equestre a Basilio Saravia viene González a demostrar hasta qué punto es capaz de enfrentar los grandes problemas de la expresión estética.

Será necesario que el tiempo desbroce de intereses de bandería, personalismos y pequeña politiquería caudillesca esta obra, para que el solo y desnudo valor plástico

de la misma, dé la medida de su perdurabilidad.

Tal vez no exista ningún antecedente en nuestro medio de un escultor que a los treinta años, sin más bagaje que su talento, ni otra experiencia que la físicamente pequeña obra de los salones, se enfrente a una creación de estas proporciones y salga airoso de la prueba de fuego como Armando González.

Conocemos su trayectoria. González es la afirmación rotunda de una vocación traída desde abajo, sostenida a puño y sacrificio. Es el creador que ha de cumplir su destino inexorablemente, sean cuales fueren las circunstancias exteriores y las dificultades, porque posee la empuñada voluntad de expresarse y esa fuerza interior, macerada de estoicismo, que es el patrimonio esencial de todo artista de raza.

Llegue a él nuestra mano abierta de artista y camarada.

L. S.

chapean un módulo de programa. Antes bien, le ordena un mensaje, una profecía dicha sin énfasis. Y ella la traduce, transmitiéndola, con las palabras más ínfimas, a veces, pero no menos lúcidas; con los elementos más dispares, otras, en un aparente desorden verbal, cuyo contenido candente produce escalofríos, como ese "Credo" final, en el que los objetos menudos se expresan en una zaraabnda alucinante, de percepción onírica o de visión espectral, pero dominados y controlados

por la volición anímica del poeta que maneja las sustancias más contradictorias, para comunicarnos su drama y su combate, que son, a la vez, los del hombre de hoy, situado en este momento de disgregación y descreimiento, y de apunte de una nueva jornada histórica, que anticipa ya otras posibilidades para el espíritu.

Emilio Fabini.

(De "Tribuna", de Rosario)